



Las lecturas

Curiosa reflexión

Andrés Felipe Giraldo Velásquez

Para comenzar, vale la pena decir que es impresionante ver cómo grandes escritores (y médicos) logran escribir historias tan afines a la práctica médica, como si se tratara de cuentos fantásticos que más que llenarnos el cerebro de conocimiento, nos llenan de sentimiento el corazón. Y hay que decir que eso sí se queda en la memoria, para que en un futuro podamos aplicar tan valioso conocimiento con nuestros pacientes y conocidos.

Hay que darle gracias al doctor Carlos Presman por darnos la oportunidad de leer tan provechosas historias, en sus libros “Letra de Médico” y “Vivir 100 años.”

Al hablar sobre las ciencias de la salud, automáticamente se nos viene a la cabeza la imagen de una persona con ojeras prominentes, libros grandes y pesados en su mano, racionalización de la cosmovisión social, al punto de excluir las costumbres culturales del entorno. Alguien aburrido, serio y sin sentido del humor.

Y la verdad es que dependiendo de los hábitos de la persona, puede que ese estereotipo no sea tan erróneo. Pero resulta aburrido embeberse en ese vasto mundo, si tan solo nos

quedamos con la vista científica fáctica, de las cosas. Siempre es necesario recuperar un poco esa vista de fantasía que viene hacia nosotros cuando vemos o aprendemos un algo por primera vez.

Al tiempo que nos salta a la mente uno o dos consejos de alguien cercano sobre algún síntoma, algo como: “Si te duele la cabeza, tómate dos tazas de agua de pachuli para que te deje de doler” (eso siempre me lo dice mi mamá).

El caso es que debemos tener un espacio en nuestra mente para fomentar el crecimiento de nuestro cuentista aventurero interior, aquel que se fascina por todo, y es capaz de adoptar una posición empática frente a los problemas que puedan acontecer a una persona que acude a nosotros, viendo todo con ojos críticos y con la esperanza del niño. Haciendo todo con precisión matemática pero con el misticismo de un chamán, siendo capaz de escuchar no un historial de enfermedad, sino una historia de vida; dejándose maravillarse por la longevidad del ser perenne, y siendo el bálsamo frío para las heridas, que pese a que se sienta gélido al comienzo, se va calentando el bálsamo cual “cremita para el calambre”, como decía mi abuelita.

Al leer las historias contenidas en los libros “Vivir 100 años y Letra de médico”, creo que la importancia que se le da a los médicos hoy, es menor a la que se le daba anteriormente.

No tanto por falta de conocimiento, sino porque hemos perdido la habilidad de escuchar y reproducir historias,

reduciendo todo al uso de pequeñas frases fácticas que de forma corta y sin estesia, proporcionan información a quienes acuden a nosotros no tanto por la búsqueda de conocimiento ni por saber el “origen etiológico de tal dolencia”.

Más bien en búsqueda de alguien que sea capaz de entender las desventuras que la gente vive en su cotidianidad, capaz de dar un grano de esperanza a aquellos que no la han tenido. Gente que pueda continuar con el legado de aquellos que creen que no durarán más. Y si lo hacen, será para ayudarles a esparcir su esencia entre otros, volviéndoles legendarios y otorgándoles el valor de aquellos héroes de las historias grecorromanas, cuando su momento de morir llegaba. En resumen, para garantizar que no serán olvidados (por lo menos por nosotros que los atendemos).

Otros sentimientos provocadores, se originaron en la historia de Ramona. Tendemos a discriminar al otro y a darle marcas que no se merece. Estamos tan predisuestos a crear conjeturas sin escuchar, que hasta somos capaces de crear diálogos mentales con alguien, aun sin haber hablado con esa persona ¿Cuántas Ramonas habremos conocido? ¿Cuántas personas hemos guiado o acompañado y al primer momento, las hemos azotado con culpabilidad infundada?

La gente es increíble tanto para bien como para mal; pero en ningún momento debemos juzgarla sin conocerla de verdad. Pues si bien es cierto que hablar con alguien de forma reiterada y por tiempo prolongado, nos da una imagen de quién es cada quien, esto no nos da la esencia de su ser.

Debo decir que este libro me recordó las viejas enseñanzas de aquellos que sin ser familia de sangre me han enseñado valiosas lecciones. Me recordó la importancia de ponerse en los zapatos de los otros, el valor de no juzgar, de siempre tener la mente abierta, de no perder el alma de niño, ni los ojos de asombro ni la creatividad, para así creer en las posibilidades infinitas de trascendencia hasta en la persona menos privilegiada. Los libros me devolvieron a la época de colegio donde quería ser un médico que pudiera dar solución a toda enfermedad con tan solo la capacidad de hablar, escuchar y tener imaginación.

Apenas comienzo en este mundo de la medicina. No sé mucho sobre cifras, tratamientos y fármacos, pero hay un sentimiento dentro de mí, como llama que me incita a estudiar mucho y ser lo mejor que pueda ser, para en un futuro, crear historias fantásticamente reales junto a aquellos que me rodean.

De nuevo, muchas gracias por darme la oportunidad de recordar eventos de mi infancia, gracias por su atención y...
fin.